templo! ¡Lástima que el efecto que el autor de la gran cúpula quiso dar á su obra, se haya destruído con estas construcciones desgraciadas! Culpa fué del Bernino, que se metió á modificar los planos de los insignes arquitectos de San Pedro: pero si bien es cierto que, por una parte el mérito de la cúpula no puede realzar, mirándola desde el frente principal de la Basílica, también lo es que, por la obra del Bernino, resultó ser San Pedro la iglesia sin rival en dimensiones.

La fachada es de mal gusto, un tanto barroco. Fué hecha gobernando Paulo V, al decir de la leyenda latina que en el friso hay esculpida. Tiene dos cuerpos: el primero, corintio, consta de ocho columnas y cuatro pilastras que sostienen un entablamento, descollando en medio de éste un frontón triangular en cuyo tímpano campean las armas de la Iglesia.

Cinco puertas, tres de ellas más grandes que las otras dos, dan acceso al vestíbulo del templo, corriendo encima de cada una un orden de balconería, siendo el principal balcón aquel en el que daban los Papas la bendición apostólica en los momentos de ser exaltados solemnemente al pontificado. Encima de este cuerpo asiéntase el otro, que es un ático, con ventanas, y coronado por las estatuas colosales del Salvador y de los doce apóstoles. Aun cuando esta fachada es muy extensa, el conjunto de su fábrica está muy lejos de revelar que, traspasando sus dinteles, se admira una obra llena de grandiosidad y de tesoros.

Estamos, pues, á las puertas de San Pedro: preparémonos á hacer una visita, si no minuciosa, al menos sí que pueda satisfacer un tanto nuestra curiosidad. Descubrámonos y penetremos al templo tantas veces celebrado.

CAPÍTULO XXIX.

ROMA.

LA BASILICA DE SAN PEDRO.

II

QUIÉN no sabe que San Pedro es la iglesia más celebrada del Orbe, por sus colosales dimensiones y por sus proporciones armoniosas? ¿Quién no ha oído hablar acerca de ese grandioso monumento artístico, gloria del Renacimiento y pedestal inmenso de la limpia fama de sus autores inmortales? Y ¿quién,—se preguntará—quién se atreve á escribir de nueva cuenta sobre aquel conjunto admirable descripto tantas veces y otras tantas reproducido por el grabado, por el cromo, por la fotografía, por el pincel de numerosos artistas?

Temerario sería yo, en verdad, si me atreviera á bosquejar la insigne Basílica vaticana: imperdonable mi osadía en querer siquiera dar una idea vaga de monumento tan conocido y tan glorificado.

No; ni descripción, ni bosquejo, ni nada que se le parezca, serán estas líneas, ajenas á toda pretensión: quieren ser únicamente el eco fiel de mis impresiones sentidas bajo la inmensidad de aquellas bóvedas augustas; quieren ser las notas sen-

cillas de un viajero humilde que las consagra á aquellos de sus compatriotas que de buena voluntad, bien por mero pasatiempo, ó para refrescar un tanto la memoria, le honren con la lectura de estos brevísimos apuntes.

Quedamos á las puertas de la gran Basílica: salvando sus dinteles entramos á un amplio vestíbulo, en cuyas dos extremidades, respectivamente, se alzan las estatuas de Constantino el Grande y de Carlomagno. Cinco puertas dan acceso al interior: una de ellas, la última de nuestra derecha, está cerrada y ostenta una gran cruz, como sello inviolable: es la *puerta santa*, la puerta de jubileo, que solamente se abre cuando el Papa celebra el vigésimoquinto año de su exaltación al Pontificado. El vestíbulo es soberbio: prepara en cierto modo el ánimo. En seguida penetramos al templo por la puerta del centro. Estamos ya bajo las bóvedas de la Basílica.

La primera impresión que yo sentí fué de asombro indefinible: de asombro por la magnitud de la obra; de asombro por la riqueza extraordinaria de su soberbia exornación.

Por un efecto de perspectiva, como exactamente acontece al ver la torre Eiffel, San Pedro parece más pequeño de lo que en realidad es. Las catedrales de Roma no tienen, como las españolas y las nuestras, los coros en la nave central, de suerte que la vista no halla tropiezo alguno para poder juzgar del conjunto.

Imaginaos un pavimento de mosaico de mármol, sin sillas ni bancas, ni nada que pueda causar su detrimento: sobre él arrancan los macizos que sostienen la techumbre altísima, formándose tres naves inmensas por las cuales se vaga en torno de sepulcros fastuosos en su mayor parte: los mármoles y estucos, las estatuas y los ángeles y los escudos y los bustos se han prodigado á manos llenas, de donde resulta gran riqueza, pero escasa elegancia y mucha pesadez: las líneas poderosas del orden arquitectónico allí empleado, resaltarían exquisitamente si no se vieran abrumadas por la cantidad de adornos que contienen: tal cosa ha hecho que San Pedro, en

cuanto á su decorado, sea muy inferior á otros templos del propio género y que ya tendremos ocasión de ver en esta Roma del arte. Nada pende de las bóvedas: nada que impida dominar el conjunto. Lo agradable del santuario es aquel aseo que invita á hollar quedo el pavimento por temor de mancharle: instintivamente y cuando más absorto me encontraba, con la imaginación me transporté á mi México, y no pude menos de sentir dolor inmenso, recordando en lo poco que tenemos nuestra Catedral: con aquel piso de madera que tan poco honor nos hace; aquellas bóvedas cuarteadas y que han tomado un color indefinible por los años; aquellos altares atestados de polvo..... ¡Lástima del templo más insigne de toda la América latina!

Seguimos después avanzando lentamente al interior de la Basílica, hasta situarnos casi bajo la gigante cúpula: cuatro enormes pilares sostienen la pesadumbre de esa bóveda asombrosa, tan admirable como sencilla hasta en su decorado; tiene más de ciento treinta metros de altura, hasta la extremidad de la cruz que la corona, y desde el nivel del pavimento. Precisamente abajo de la bóveda se levanta un baldaquino de bronce, formado de cuatro columnas salomónicas, con su entablamento, y que encierra el altar papal en el que celebra el Sumo Pontífice en los días de fiesta solemne. Este baldaquino fué mandado hacer por el Papa Urbano VIII, en el siglo XVII, con el bronce que decoraba el pórtico del Panteón de Agrippa.[1] Inmediatamente abajo del altar papal se halla el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, de San Pedro, cuyas cenizas descansan en un sarcófago de bronce: ante él se encuentra la huesa del Papa Pío VI, cuya estatua de mármol blanquísimo representa al Pontífice haciendo oración; todo esto, bajo el piso del templo; se desciende por una doble escalera, también de mármol, le rodea una balaustrada y arden perennemente ochenta y tantas lámparas.

1 Esto dió lugar á que como el Papa se apellidaba Barberini, alguien maliciosamente exclamara: *Quod non fecerunt barbari, fecerunt Barberini.*

Antes de llegar á este sitio, es notable una estatua de San Pedro, que avanzando hacia el baldaquino, teníamos á nuestra derecha, junto á una pilastra: dicha estatua es de bronce; cuéntase que era el mismo del Júpiter Olímpico del Capitolio, mandado fundir para hacer la estatua del apóstol, que le representa sentado dando la bendición con la diestra: uno de los pies se carcomió del todo de tanto besarle los fieles, y se le sustituyó por otro nuevo.

Como cosa muy curiosa y digna, en verdad, de llamar la atención, citaré que en torno del pavimento del crucero de nuestra izquierda, se levanta una serie de confesionarios que llevan unos letreros indicando el idioma en el cual se confiesa allí: español, inglés, francés, italiano, alemán, ruso, hebreo, griego, y yo no sé cuántos idiomas más.

Tiene el templo varias capillas decoradas ricamente: cada una de ellas es un pequeño museo, en mármoles, en bronces y en pinturas.

Repartidos en diversos lugares, se levantan los mausoleos de muchos Papas, entre otros los de Sixto IV, de Urbano VIII, de Paulo III, de León XII, de los Gregorios XIII, XIV y XVI, de Benedicto XIV, de Clemente X, de Alejandro VIII, de San Gregorio Magno, de Pío VII, de Inocencio XI y otros varios, todos suntuosos, magníficos, algunos bellísimos y primorosamente ejecutados.

En general, el carácter arquitectónico de la Basílica Vaticana lleva el sello de la época en la cual se levantó el templo, más que ningún otro monumento de la época; fué el tiempo de evolución y de transformación; el sacudimiento fué rápido y general; se pasaba de una edad á otra cambiando el modo de ser de las sociedades, en sus costumbres, en sus edificios y, hasta en cierto modo, en sus creencias. El carácter religioso de la Edad Media se avenía muy bien con el de sus templos góticos; las columnas de fustes erguidos, las bóvedas altísimas, las ojivas con sus curvas caprichosas, las agujas alzándose hasta tocar las nubes, la luz del sol pasando al través de las vidrieras de colores de las ventanas del santuario, las sepulturas, ya en el centro de las capillas, ya arrimadas á los muros, con sus mil labrados, sus estatuas yacentes de blanco mármol y sus larguísimas leyendas de caracteres germánicos, todo imponía, como aún imponen, contribuyendo todo, asimismo, á la mayor piedad y al recogimiento. De repente todo se trueca, por decirlo así: los genios del Renacimiento poco se preocuparon en dar á sus obras el carácter sentimental indispensable para mover á la piedad el corazón; antes bien, los arquitectos levantan templos, pero con las formas helénicas y romanas; emplean los propios órdenes que en las construcciones de las deidades paganas se llevaron á cabo: el dórico sustituye al ojival de las viejas catedrales y capillas; las cúpulas ó medias naranjas se cambian por las agujas enhiestas del gótico, y hasta pórticos con frontones triangulares se plantan en las fachadas de los nuevos santuarios.

Si ha de decirse en todo tiempo la verdad, puede asegurarse que en esta época hasta las creencias mismas tendieron á *paganizarse* (perdón por la frase). Y en verdad que al entrar á una catedral gótica el efecto es enteramente diverso del que se experimenta en una dórica ó corintia: en aquellas se trae luego á la memoria el recuerdo de la edad del misticismo y de la pureza de costumbres; en éstas, y sobre todo en Roma, inevitablemente se recuerdan en nuestros templos católicos las columnas del de Cástor y Pólux, ó los capiteles del de Vesta, ó los pórticos del de Antonino y Faustina ó de la Fortuna Viril.

Sin embargo, estas formas aplicadas á las iglesias cristianas por los autores del Renacimiento, hanse adaptado á la severidad de ciertas prácticas religiosas; y ya después, con el transcurso de los siglos, nos hemos ido acostumbrando á borrar del todo cualquiera idea de paganismo, al entrar á esta clase de iglesias, por más que sean tan netamente paganas como la del Panteón de Agrippa en Roma ó la Magdalena de Paris. No por esto soy partidario de los órdenes griegos para los templos

católicos: creo, en mi opinión humildísima, que el ojival es el estilo más adecuado para tal objeto; no rechazándose tampoco ni el románico ni el bizantino, que asimismo cuadran bien á esta clase de construcciones.

La Basílica de San Pedro es, en su género, la obra maestra del Renacimiento: grandes concepciones de ingenios superiores, realizadas por insignes maestros. Todo en San Pedro es colosal y grandioso, como gigantes fueron los hombres que dieron cima á empresa tan soberbia.

Levantábase antes en el sitio de esta fábrica, otra que fué la primera iglesia de San Pedro, mandada edificar por el Emperador Constantino sobre las ruinas del circo de Nerón, y en donde, según se cuenta, fué martirizado el Príncipe de los Apóstoles.

Cuéntase también que el año 800 se coronó allí mismo, por mano de León III, á Carlomagno; y corriendo los años, al fin y al cabo se pensó en reformar la antigua Basílica, que el tiempo comenzaba á injuriar. Aun cuando Nicolás V empezó la obra, el emprendedor Julio II, que había querido erigirse en vida su monumento fúnebre, ideó la reconstrucción de todo el templo. Los mejores planos fueron sin disputa los de Bramante: el insigne arquitecto proyectó un templo cuya planta fuera una cruz griega: en medio de todo se levantaría una cúpula inmensa; una vez aprobados los planos, la primera piedra fué solemnemente colocada en los comienzos del siglo XVI, en presencia de treinta y tantos cardenales que asistieron á la ceremonia.

Otros ilustres arquitectos y artistas inmortales como Rafael Sanzio, Julián de Sangallo y Baltasar Peruzzi, tuvieron participación más ó menos directa en la obra; pero muerto Bramante, y muerto asimismo Rafael tan prematuramente, sólo un genio podía llevar á cabo esa obra con toda la grandiosidad requerida: ese genio era Miguel Angel, de temple titánico, terrible y nervioso como sus creaciones de la Capilla Sixtina.

Miguel Angel reunía en su persona todas las cualidades necesarias que le han hecho el artista superior á cuantos en su época y antes y después han existido: era arquitecto, escultor y pintor, y además tenía alma de poeta: sus rimas llenas de dulzura corren dadas á la estampa, como si la imprenta misma hubiera querido recoger los pensamientos mismos de aquel titán del arte, como se le ha llamado. Puso, pues, Miguel Angel manos á la obra; y aun cuando hizo algunas variaciones, siguió en general los planos de Bramante. Después del fallecimiento del autor del *Moisés*, la construcción fué siguiéndose por Viñola y otros arquitectos, hasta que, bajo el pontificado de Paulo V, el Bernino, contrariando el pensamiento de Bramante y de Miguel Angel, tuvo la desgraciadísima idea de cambiar la planta en una cruz latina, destruyendo por completo el efecto que desde lejos se deseaba dar á la gigantesca cúpula. Al fin, Urbano VIII consagró solemnemente la nueva iglesia el año 1626.

La Basílica de San Pedro tiene, en números redondos y según las dimensiones más conocidas, 15,200 metros cuadrados de superficie; teniendo las demás iglesias más grandes del mundo, cuales son la Catedral de Milán, solamente 8,000 metros cuadrados; San Pablo de Londres, 7,900 metros; Santa Sofía de Constantinopla, 7,000, y la Catedral de Colonia, 6,000. Incluiremos á la Catedral de México, que en dimensiones tiene poco más ó menos las mismas que Nuestra Señora de Paris, y le asignaremos aproximadamente más de 5,500 metros cuadrados, de donde resulta que la Basílica de San Pedro es dos veces y media más grande que nuestro Templo Metropolitano de México.

Como acaba de verse, he huído hasta de los más pequeños detalles: no he deseado repetir lo tantas veces escrito acerca de tan notable monumento. Las grandes impresiones y los recuerdos que bajo aquellas bóvedas sentí y traje á la memoria, permanecen aún vivos en mi corazón y creo que no se borrarán nunca de él durante toda mi vida.